

FERNANDO VALLEJO Y EL PENSAMIENTO HERÉTICO EN *LA PUTA DE BABILONIA*

Toto homine qui a uezino uel a filio de uezino aut a uezina uel filia de uecina, qui a mulier dixerit «puta» aut «filia de puta», et qui al baron dixerit alguno de nomines uedados «fudid in culo», aut «filio de fudid in culo» aut «cornudo» aut «falso» aut «perjurado» uel «gafo», aut de istos uerbos que sunt uedados in ista carta, pectet medio morabetino (Fuero de Madrid, siglo XII)¹.

Se les colgaba al extremo de una larga viga colocada haciendo báscula en lo alto de un árbol en pie; se encendía un gran fuego bajo ellos en el que se les metía y sacaba alternativamente; experimentaban así gradualmente los tormentos de la muerte, hasta que expiraban en el más largo y horrible suplicio que jamás haya inventado la barbarie (Voltaire, *Tratado de la tolerancia*).

Dios es la soledad de los hombres (Jean-Paul Sartre).

1.- Vallejo y la tradición anticlerical

Pocos escritores en el mundo hispánico representan de manera tan contundente un pensamiento anticlerical como el colombiano Fernando Vallejo², con posiciones verdaderamente beligerantes hacia cualquier representación del mundo religioso, ya sea católico, protestante o islámico, con un claro ensañamiento hacia todo lo que sean manifestaciones religiosas del mundo occidental. Su actitud hostil y corrosiva ante todo lo que tuviera alguna relación con la estética de los crucifijos y el olor de los incensarios de las fiestas religiosas se ha traducido en un reguero de referencias que pueden puntearse a lo

¹ Citado por Manuel Ariza Viguera, *Insulte usted sabiendo lo que dice y otros estudios sobre el léxico*, Madrid, Arco/Libros, 2008, p. 27.

² Para contextualizar el tema puede consultarse el libro clásico de Julio Caro Baroja, *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español*, Madrid, Ediciones Istmo, 1980.

largo de toda su trayectoria novelística, con una parada obligatoria en ese palimpsesto de la violencia social que es *La virgen de los sicarios*³.

Sin embargo, es ese profundo malestar con las religiones occidentales y con el Islam, lo que ha llevado a Fernando Vallejo a erigirse en una voz crítica y punzante, que no sólo ataca a las iglesias redentistas y sus liturgias pomposas y acartonadas, sino que además se ha convertido con el paso del tiempo en un consumado especialista en la historia de las religiones, con una marcada predilección por todo aquello relacionado con el pensamiento herético y las posiciones heterodoxas como ha demostrado en su ensayo *La puta de Babilonia*⁴, verdadero vademécum antiapologético en el que el narrador colombiano no deja títere con cabeza, cuestionando las verdades infalibles del mundo religioso, burlándose de los dogmas, milagros y misterios de la Iglesia Católica y ofreciendo al lector su vastísima formación en asuntos teológicos para demostrar las corruptelas de la jerarquía católica, los abusos de poder del Vaticano, las pulsiones criminales de muchos papas, su connivencia con los regímenes totalitarios del siglo xx y sus silencios ante las masacres y genocidios perpetrados en Alemania, España, Polonia o Guatemala, por el nazismo, el franquismo o el fascismo. A través de su mirada irreverente y desacralizadora asistimos al espectáculo nada edificante de una Iglesia enrocada en las estructuras del poder social y económico, aliada siempre con los poderosos, implacable con los débiles, una Iglesia benévola y escurridiza con los abusos sexuales cometidos por sus miembros, bajo la permisividad inquietante del código canónico que da un tratamiento laxo y condescendiente a asuntos extremadamente graves, como pueden ser los relacionados con la pederastia y otros delitos sexuales, a diferencia de lo que ocurre en los códigos penales de la mayoría de las naciones desarrolladas.

La puta de Babilonia, nombre con que los cátaros y albigenses hacían referencia a la Iglesia Católica durante la Edad Media, debe ser leída como una monumental diatriba que busca el desenmascaramiento del catolicismo y el escarnio público y libresco de sus responsables en los diferentes escalones de su jerarquía, lo que convierte a Vallejo, por decisión propia, en un pensador no sólo heterodoxo e incómodo por sus opiniones, sino también en el último representante del pensamiento crítico y contrario a la Iglesia, siguiendo la estela de nombres tan ilustres como Celso, Porfirio, Spinoza, Paine o el propio Voltaire⁵. En esta monumental miscelánea, el colombiano no sólo reconstruye el pensamiento herético que ha sido arrasado secularmente por el brazo armado e inquisitorial de la Iglesia, sino que él mismo adopta posiciones heréticas, a sabiendas de que en otra época de la historia, esas mismas opiniones le hubiesen costado la vida. Como reco-

³ Véase mi trabajo «El narcotremendismo literario de Fernando Vallejo. La religión de la violencia en *La virgen de los sicarios*» en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima-Hanover, Año XXXII, núms. 63-64, 11 y 21 Semestre de 2006, pp. 227-248. Recogido también en *Magia y desencanto en la narrativa colombiana*, Universidad de Alicante, Cuadernos de *América sin nombre*, 2006, pp. 205-240. El profesor Jacques Joset ha estudiado la importancia de este tema en algunas de sus novelas; véase su libro *La muerte y la gramática. Los derroteros de Fernando Vallejo*, Madrid, Taurus, 2010.

⁴ Barcelona, Editorial Seix Barral, 2007. En adelante cito en el propio texto por esta edición.

⁵ Fernando Díaz lo considera el último escritor maldito. Véase su artículo «Fernando Vallejo y la estirpe inagotable del escritor maldito» en *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Lusobresilien*, Universidad de Toulouse, 2007, vol. 89, pp. 231-248.

noce el propio autor: «Y gracias al descalabro de la Puta de Roma hoy el amable lector tiene este libro en sus manos. De no haberse dado esa concatenación de sucesos afortunados, ¡cuánto hace que el de la voz habría ardido en la hoguera» (p. 196). El texto que presenta Vallejo está consignado por una evidente intención provocadora, donde la información histórica aparece atravesada por todo tipo de insultos, blasfemias, irreverencias y un sinfín de perlas envenenadas que buscan provocar el sofoco y la indignación de católicos, protestantes y musulmanes por igual, como si fuera la representación titánica de una lucha sin cuartel entre un héroe de lengua afilada y pérfida –Fernando Vallejo– y el monstruo multicéfalo representado por los creyentes, que ha retrasado el progreso de la humanidad a lo largo del último milenio.

En sintonía con el resto de sus libros, *La puta de Babilonia* está escrito en un estilo poco académico y sí muy fresco y desenfadado, en el que la poderosa voz fabuladora de Vallejo se hace presente de vez en cuando para recordarnos que el texto antiapologético que leemos tiene las marcas formales de un diálogo con un interlocutor anónimo, casi invisible, al modo clásico, como un guiño a la literatura dialógica de los Siglos de Oro, para mostrar, en definitiva, la maldad intrínseca de las religiones. Frente al diálogo sin respuesta de índole rulfiana que aparece en *La virgen de los sicarios*, en esta ocasión se completa entre el emisor y su receptor a través de una especie de magisterio que tiene como misión una «enseñanza moral», para destapar el reverso de la ética y la moral cristianas. Planteada así la obra, toda la diatriba ponzoñosa contra las religiones aparece enmarcada en una estructura de *bildungsroman* (o novela de iniciación) en la que una voz autorizada y formada intelectualmente –el propio Vallejo– va aleccionando a su oyente sobre las formas complejas de la maldad que anidan en las estructuras eclesíásticas y en sus jerarcas y responsables. Esta particular estructura que se articula sobre los recursos de la oralidad explicaría los continuos saltos que se producen en la información que se ofrece a un doble receptor –su interlocutor y los lectores–, generando un particular zigzagueo narrativo y temporal que nos lleva desde la Edad Media a la actualidad o desde el cristianismo primitivo al Siglo de las Luces, pasando por los temas cruciales del catolicismo, como las cruzadas, la caza de brujas, las guerras de religión, la Contrarreforma, la temida Inquisición o la connivencia de la Iglesia con el nazismo y con los regímenes fascistas del siglo xx.

Dentro del aparente desorden con que Vallejo ofrece tanto la información histórica como sus propias opiniones sobre la cuestión religiosa, hay un intento de organización de dichos materiales que tienen que ver, en parte, con los saltos y elipsis propios de la comunicación oral, pero sobre todo, con el recurso clásico, consagrado en la historiografía y en la biografía grecolatina, de presentar los materiales no de manera cronológica, sino temática, es decir, «per species»⁶. De esta manera, Vallejo va anunciando cada uno de los temas que va a tratar sin seguir un orden cronológico aparente; así, después de haber hecho una verdadera criba en las excentricidades y corruptelas de muchos pontífices, apuntala: «Y pasemos ahora a los sobrinos del papa» (p. 55). Lo mismo hará cuando hable de los papas «papicidas», de los grupos heréticos, de los textos bíblicos, de los falsos mi-

⁶ James T. Shotwell, *Historia de la Historia en el Mundo Antiguo*, México, F.C.E., 1940. Véase también el ensayo de José Antonio Sánchez Marín, «Concepto de biografía en Nepote, Plutarco y Suetonio», en *Estudios de Filología Latina* 3, Universidad de Granada, 1983, pp. 211-220.

lagros, de los cruzados, de las torturas de la Inquisición, de los casos de pederastia o de los jerarcas vinculados con las atrocidades totalitarias del pasado siglo.

En *La puta de Babilonia* hay varios hilos conductores que dan unidad y cohesión al texto, teniendo como nexo de unión el ajuste de cuentas con que el novelista colombiano trata a la Iglesia, tal y como declara en el fragmento inicial, siguiendo el ritmo y la prosodia marcada por una particular «letanía» antirreligiosa:

La Puta, la Gran Puta, la grandísima puta, la santurróna, la simoníaca, la inquisidora, la torturadora, la falsificadora, la asesina, la fea, la loca, la mala; la del Santo Oficio y el Índice de Libros Prohibidos; la de las Cruzadas y la noche de San Bartolomé; la que saqueó a Constantinopla y bañó de sangre a Jerusalén; la que exterminó a los albigenses y a los veinte mil habitantes de Beziers; la que arrasó con las culturas indígenas de América; la que quemó a Sagarelli en Parma, a Juan Hus en Constanza y a Giordano Bruno en Roma; la detractora de la ciencia, la enemiga de la verdad, la adulteradora de la Historia; la perseguidora de judíos, la encendedora de hogueras, la quemadora de herejes y brujas; la estafadora de viudas, la cazadora de herencias, la vendedora de indulgencias (...) la corrupta, la hipócrita, la parásita, la zángana; la antisemita, la esclavista, la homofóbica, la misógina; la carnívora, la carnicera, la limosnera, la tartufa, la mentirosa, la insidiosa, la traidora, la despojadora, la ladrona, la manipuladora, la depredadora, la opresora; la pérfida, la falaz, la rapaz, la felona; la aberrante, la inconsecuente, la incoherente, la absurda; la cretina, la estulta, la imbécil, la estúpida; la travestida, la mamarracha, la maricon; la autocrítica, la despótica, la tiránica; la católica, la apostólica, la romana; la jesuítica, la dominica, la del Opus Dei; la concubina de Constantino, de Justiniano, de Carlomagno; la solapadora de Mussolini y de Hitler; la ramera de las ramerías, la meretriz de las meretrices, la puta de Babilonia, *la impune bimilenaria tiene cuentas pendientes conmigo desde mi infancia y aquí se las voy a cobrar* (pp. 5-6. La cursiva es mía).

Uno de los argumentos centrales de la diatriba es la invención (o fabulación) de Cristo, de los apóstoles, los evangelistas y, por extensión, de la propia Iglesia Católica sobre una falsedad histórica, según la cual Jesucristo encargó a Pedro la edificación de su Iglesia con el famoso lema *Tu es Petrus*: «Tan falsos los cuatro [los evangelistas] como es de absurdo el tal Cristo que se inventaron. ¡Con que Tu es Petrus! ‘Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno prevalecerán contra ella (...)’ ¡Ah libro [la Biblia] estúpido!» (p. 54). Y sobre los supuestos datos históricos que jalonan la biografía del Mesías, desmonta uno a uno, con un verdadero alarde de erudición neotestamentaria, todos los referentes aparentemente históricos sobre los que se ha construido el personaje de Jesús en la época del Imperio Romano. Así, al hacer la reconstrucción de algunos datos de su biografía, como el nacimiento, escribe: «Deduciendo de las fechas inciertas de unos textos inciertos otras fechas inciertas para otros textos inciertos los exégetas lacayos al servicio de la Puta han establecido el formidable engaño de

⁷ Lo mismo hace con las toponimia que aparece en la *Biblia* y que está llena de contradicciones: «Con todas estas precisiones geográficas lo único que buscan los evangelios es darle un toque de verdad a la mentira» (p. 89).

la cronología cristiana: una telaraña deleznable y pringosa que no tienen de dónde colgar» (p. 80)⁷. Vallejo coteja la información de los principales historiadores que han tratado de documentar al Jesús histórico, como Hermann Samuel Reimarus (1694-1768) y sus obras *Tratado de las principales verdades de la religión natural* (1754) y *Doctrina de la razón* (1756), o David Friedrich Strauss (1808-1874) y su obra *La vida de Jesucristo críticamente examinada* (1835), donde plantea que son los evangelistas los creadores del mito de Jesús, para certificar que ni los pensadores más creyentes son capaces de sostener una biografía coherente de Cristo. También le dedica comentarios memorables a los textos de Ernest Renan (*Vida de Jesús*, 1863) y Alfred Loisy, cuyo libro *El evangelio y la Iglesia de 1902*, fue considerado por el papa Pío X como «la síntesis de todas las herejías» (págs. 179). No sólo los historiadores, investigadores, exegetas y hermeneutas de la *Biblia* caen en todo tipo de contradicciones, lo mismo ocurre entre las páginas de los *Evangelios*, donde resulta verdaderamente difícil establecer algunas certezas del Jesús histórico⁸, sobre la maraña de datos que dicen algo y su contrario y que afectan a su nacimiento, a la familia, a los apóstoles, a los milagros, a su bautismo y predicación, su pasión, crucifixión y ascensión a los cielos, al punto que Vallejo llega a plantear: «Que me muestre entonces su partida de bautismo en Belén y su certificado de defunción en Jerusalén a ver si le creo» (p. 177). Tampoco la Santísima Trinidad sale indemne de su mirada corrosiva: «¡Carajo! ¿Es que el Padre no era capaz de dictarles una versión coherente a los biógrafos de su Hijo?» (p. 129).

En sintonía con los grandes pensadores, mitólogos y mitocríticos de finales del siglo XIX y mediados del XX, como James Frazer, Otto Rank, Mircea Eliade o Joseph Campbell, Vallejo considera la figura de Jesucristo como vacía de contenido histórico, más allá de un periodo y de un contexto en el que se sitúe al personaje, para enraizarlo en las tradiciones mitológicas que se entrecruzan en los reflujos culturales y religiosos de Occidente y Oriente. Valgan los ejemplos de Atis, Buda, Dionisio, Horus y Krishna:

Cristo nació el 25 de diciembre de una Virgen, y en la misma fecha, que es el solsticio de invierno, nacieron Atis, de la Virgen Nna; Buda, de la Virgen Maya; Krishna, de la Virgen Devaki; Horus, de la Virgen Isis, en un pesebre y en una cueva. También Mitra nació el 25 de diciembre, de una virgen, en una cueva y lo visitaron pastores que le trajeron regalos. Y de una virgen también nació Zoroastro o Zaratustra (p. 101).

Siguiendo el modelo comparatista decimonónico, Vallejo confronta no sólo a los personajes, sino también sus milagros, sus enseñanzas y valores, así como sus hitos biográficos, estableciendo y fijando la posible procedencia de algunos intertextos bíblicos y el origen de ciertos motivos religiosos y folclóricos como «el sermón de la Montaña», el «pequeño Apocalipsis», la parábola del «hijo pródigo y el sembrador» o las «Bodas de Caná», cuyo milagro –la transformación del agua en vino– es interpretado en relación con las peripecias etílicas de Baco y Dionisio. Cada época, cada civilización, cada religión tiene sus dioses, sus héroes y tiranos y Jesucristo es, para el colombiano, «un engendro fraguado por

⁸ Así lo señala quien es, posiblemente, la máxima autoridad bíblica del momento, el profesor Antonio Piñero, en su libro *El otro Jesús*, Córdoba, El Almendro, 1993.

Roma» (p. 101). Para concluir: «¿Y qué son las palabras atribuidas a este engendro mitológico de Cristo sino un batiburrillo sacado de los libros canónicos y apócrifos de la Biblia hebrea y de la sabiduría popular?» (p. 102).

Tampoco se libran de su pluma hiriente ni los evangelistas, ni los profetas veterotestamentarios, ni los *Evangelios Apócrifos*, ricos en «estupideces y en sabiduría esotérica» (p. 116). A Juan lo considera un mentiroso (pág. 90), a Lucas «un escritor descuidado o un fabulador» (p. 93), y a Mateo un embaucador y un charlatán por el uso y abuso que hace de las parábolas (p. 100). Cuando habla de Miqueas, Jeremías, Isaías o Zacarías, con sus vaticinios y profecías que visionan el mundo que está por venir, Vallejo dice que son «retardados mentales para retardados mentales» (p. 99) y que Cristo no es más que una invención de Pedro y Pablo que son, a su vez, personajes inexistentes.

Con todos estos antecedentes es evidente que el colombiano considera la *Biblia* como «un revoltijo de mitos, leyendas, tradiciones orales, cuentos populares, episodios épicos, anales, biografías, cronologías, censos, proverbios, epigramas, poemas, profecías... Mucha estupidez, mucha inmoralidad, mucha infamia, y quitando unos cuantos versículos desolados y pesimistas del Libro de Job y del Eclesiastés muy mala literatura» (p. 164). Un libro estúpido, como lo llama en varias ocasiones, para representar un mundo estúpido, deforme y cruel, un experimento fallido en el que reinan el hambre, la violencia, la insolidaridad, la crueldad con los animales, la envidia, la enfermedad y la muerte y que tiene evidentes connotaciones borgianas, de proyecto fallido de un dios menor y subalterno. Bien es cierto que las reflexiones de Borges quedan circunscritas al ámbito filosófico e, incluso, teológico, mientras que Vallejo atraviesa cualquier forma de pensamiento filosófico para convertir su reflexión en un órdago envenenado contra el Cristianismo y sus principales hitos: «Si el Padre hizo mal el mundo, que lo arregle Él solo sin tener que andar recurriendo a esas otras dos inútiles personas (...) ¡Cómo nos va a salvar un Hijo tan cobarde! ¡Con razón se dejó crucificar! ¡Con razón lo insultaba todo el mundo cuando lo colgaron de dos maderos en el Gólgota!» (p. 129).

2.- *La puta de Babilonia, una summa heresiarca*

La palabra «herejía» no tuvo en sus orígenes connotaciones negativas, inoculadas más tarde por el Cristianismo, sino relacionadas con la libertad de doctrina y el libre albedrío filosófico. Procedente del griego *airesis* –o *hairesis*– («libre elección» o «elección propia»), el término gozó de prestigio entre los pensadores helénicos, ya que suponía nuevas perspectivas y posicionamientos respecto a las doctrinas filosóficas y religiosas más ortodoxas y canónicas. Eso explicaría su aceptación en los primeros balbuceos del Cristianismo, tal y como recuerdan Mitre y Granda: «La tradición más universalmente admitida en el Cristianismo atribuye a San Pablo su primera utilización al decir en una de sus epístolas que «es necesario que entre vosotros haya *bandos* para que a través de ellos se pueda descubrir quiénes son de probada virtud»⁹. No obstante, desde muy pronto las disidencias y heterodoxias dentro del seno de la Iglesia fueron perseguidas y castigadas con la mayor

⁹ Emilio Mitre y Cristina Granda, *Las grandes herejías de la Europa Cristiana*, Madrid, Ediciones Istmo, 1983, p. 13. La cita de San Pablo está sacada de la *Epístola a los Corintios*, 11, 19.

severidad, creándose ex profeso el Tribunal del Santo Oficio en 1232, bajo el auspicio del papa Gregorio IX, como una forma de atajar de manera contundente y sin aspavientos los continuos movimientos heréticos que se producían en Europa desde fecha muy temprana¹⁰ y que llegaron a ser una verdadera amenaza para la Iglesia oficial. Esta «herejía de masas», como la llaman Mitre y Granda, presenta, más allá de las variantes de cada movimiento, cuatro ejes fundamentales que dan cierta cohesión grupal:

1) Todos los grupos tienen como base la fe religiosa –el «fideísmo»– a la que no renuncian ni siquiera cuando se encuentran en la hoguera o en el cadalso. Esta fe (ciega) les lleva a estar en contra de una Iglesia excesivamente clericalizada, burocratizada y jerarquizada, además de excesivamente preocupada por los asuntos terrenales.

2) La aceptación de la pobreza, especialmente voluntaria, como forma de vida, como prueba de amor a Dios en un contexto de extrema necesidad y grandes hambrunas ocasionadas por las condiciones medioambientales, demográficas, epidemiológicas o bélicas. La riqueza es vista como un obstáculo para entrar en el reino de los cielos. Gonzalo de Berceo, en uno de los *Milagros de Nuestra Señora* nos hablará del pobre que «por ganar la Gloriosa que él mucho amava / partielo con los pobres todo quanto ganava» («El pobre caritativo»). Quienes renuncian a las riquezas terrenales –*pauperes Christi*– están casi siempre vinculados a órdenes religiosas que son vistas por la jerarquía eclesiástica como una seria amenaza.

3) Se busca la igualdad dentro del seno de la Iglesia, lo que implicaba el cuestionamiento de toda forma de jerarquía u organización escalonada.

4) Los movimientos heréticos están vinculados principalmente a las ciudades, de ahí que su desarrollo, en torno al siglo XI, esté conectado con el desarrollo de los centros urbanos que se producen en esta misma época. Albi, Toulouse, Münster, Ginebra o Milán, a la que llamaron «cueva de herejes» y «madre y nodriza de herejías», fueron verdaderos epicentros de estas corrientes heréticas.

Es evidente que Fernando Vallejo era conocedor de las principales herejías del Medievo, tal y como desgranó en ciertos pasajes de *La virgen de los sicarios*¹¹. Sin embargo,

¹⁰ Antonio Piñero, *Los cristianos derrotados. ¿Cuál fue el pensamiento de los primeros cristianos heréticos y heterodoxos?*, Madrid, Editorial EDAF, 2007. Cfr. las obras de Norman Cohn, *En pos del Milenio: revolucionarios, milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1997; Otto Rahn, *La corte de Lucifer: sabios, paganos y herejes en el mundo medieval*, Barcelona, Círculo Latino, 2005 y Victoria Sendón de León, *La España herética*, Barcelona, Icaria, 1986.

¹¹ Son muchos los momentos en los que Vallejo parece codificar sus conocimientos en materia herética en ciertos pasajes de esta novela extraordinaria. Cito a continuación algunos de los más relevantes por su edición española (Madrid, Alfaguara, 1995): «El murmullo de las oraciones subía al cielo como un zumbido de colmena (...) el espectáculo perverso de la pasión: Cristo azotado, Cristo caído, Cristo crucificado» (p. 15); «[En las iglesias] se venden los muchachos y los travestis, se comercia en armas y en drogas y se fuma marihuana (...) ¿Y Cristo dónde está? ¿El puritano rabioso que sacó a fuele a los mercaderes del templo?» (p. 53); «Es mi nueva teología de la Dualidad, opuesta a la de la Trinidad: dos personas que son las que se necesitan para el amor; tres ya empieza a ser orgía» (. 54). «Quinientos años me he tardado en entender a Lutero, y que no hay roña más grande sobre esta tierra que la religión católica. Los curitas salesianos me enseñaron que Lutero era el Diablo. ¡Esbirros de Juan Bosco, calumniadores! El Diablo es el gran zángano de Roma» (p. 66); «toda religión es insensata (...) se hace evidente la maldad, o en su defecto la inconsubstancialidad, de Dios (...) Hace dos mil años pasó por esta tierra el Anticristo y era él mismo: Dios es

La puta de Babilonia puede resultar sorprendente para muchos lectores por el conocimiento profundo, exhaustivo y riguroso con que el colombiano se acerca a un tema tan fascinante como delicado, estableciendo una especie de canon de herejes y mostrando su predilección por ciertos movimientos contestatarios a la Iglesia oficial, cotejando teorías, estableciendo fechas y cronologías, para dejar en el lector la sospecha de que este ajuste de cuentas que lleva a cabo con su libro lo ha convertido, a lo largo de los años, en un verdadero especialista de aquello que va a combatir. No sorprende, por tanto, las continuas y eruditas referencias a los autores heréticos o pseudoheréticos más importantes desde la Antigüedad, como Carpócrates, Cerinto, Basílides, Marción y las escuelas heterodoxas de los «ebionistas», los «adopcionistas», los «docetistas» o los gnósticos cristianos, a los que parece profesar una amplia y sentida simpatía:

Marción condenaba el sexo porque conduce a producir más gente y a perpetuar el horror del mundo. Ese Cristo vegetariano de los ebionitas y ese Marción fantástico que se opone a la reproducción me reconcilian con el cristianismo primitivo. ¡Pero ay, la Puta que se quedó con todo nos resultó iracundamente carnívora y paridora! (p. 82).

Las simpatías de Vallejo llevan siempre incorporadas su reverso, es decir, el desprecio e, incluso, la repugnancia que le producen los autores cómplices con la Iglesia, como Justino Mártir (s. I-II) y sus obras *Apología* y *Diálogo con Trifón*, donde trató de conciliar Cristianismo y paganismo, defendió la importancia de los ángeles y condenó la sexualidad y el judaísmo; por el contrario, adora a Tatiano (s. II d.C), que sentía fascinación por el mundo natural, como demostró en su obra *Sobre los animales*, y fundó la religión de los «encartitas», en la que rechazaba el matrimonio y la procreación, y condenaba el consumo de carne (pág. 84). Haciendo un verdadero alarde de Historia eclesiástica, Vallejo recorre uno a uno los principales pensadores que han escrito contra el Cristianismo, como Celso y su obra *La palabra verdadera* (hacia el 180), refutación de la religión cristiana que fue destruida por mandato de la Iglesia y cuyas ideas han llegado a nosotros gracias al filósofo Orígenes (185-254), que se tomó la molestia de rebatirlo punto por punto en su monumental obra *Contra Celso*, compuesta en el año 248. Lo mismo ocurre con Porfirio (232-305) y su obra *Contra los cristianos*, quemada por orden de la Iglesia en el siglo V, de la que conocemos parcialmente algunos pasajes y muchas ideas, gracias a las refutaciones que de ella hace Macarius Magnes, recogidas en su libro *Apocriticus*. Como recuerda Vallejo «ha tenido que esperar la humanidad hasta fines del siglo XVIII para tener,

el Diablo. Los dos son uno, la propuesta y su antítesis. Claro que Dios existe, por todas partes encuentro signos de su maldad» (p. 74); «Él, con mayúscula, con la mayúscula que se suele usar para el Ser más monstruoso y cobarde, que mata y atropella por mano ajena, por la mano del hombre, su juguete, su sicario» (p. 77); «Dios no existe y si existe es la gran gonorrea» (p. 78); «Bendito seas Satanás que a falta de Dios, que no se ocupa, viniste a enderezar los entuertos de este mundo (...) Mi niño era el enviado de Satanás que había venido a poner orden en este mundo con el que Dios no puede. A Dios, como al doctor Frankenstein su monstruo, el hombre se le fue de las manos» (p. 99); «El culpable será el de Allá Arriba, el Irresponsable que les dio el libre albedrío a estos criminales» (p. 100); «Me asomé un instante a esos ojos verdes y vi reflejada en ellos, allá en su fondo vacío, la inmensa, la inconmensurable, la sobrecogedora maldad de Dios» (p. 119).

en las obras de Thomas Paine *Los derechos del hombre* y *La edad de la razón*, unos escritos contra la superstición cristiana tan luminosos y libertarios como los de esos dos filósofos griegos de la antigüedad» (p. 137).

Siguiendo su labor de exégeta, Vallejo analiza las principales ideas de Celso, rebatidas por Orígenes (al que llama «estúpido»), como es la condición de Jesucristo como personaje maravilloso, a la altura de Perseo, Anfión o Minos; o la sanación de un leproso, la cura de un ciego y la rehabilitación de un paralítico como una forma de enmendarle la plana al Padre por la chapuza de mundo que ha construido o la burla que le produce la resurrección de Lázaro para tener que morir más tarde como todo hombre (p. 138), o el escepticismo que le provoca a Celso la famosa estrella de Belén, a la que el colombiano dedica la siguiente perla: «¿Cómo va a guiar una estrella a alguien hasta un pesebre en una cueva!» (p. 144).

Vallejo considera la obra de Porfirio, *Contra los cristianos*, como el libro más devastador que se haya escrito nunca contra el Cristianismo, muy por encima de la acritud y el carácter corrosivo de los textos de Voltaire, al que ve como «una mansa paloma» (p. 146) en comparación con el pensador helénico. Lo resume así:

Al cristianismo lo veía como una enfermedad perniciosa que infectaba al imperio; a los evangelios como la obra de unos charlatanes; al llamado «príncipe de los apóstoles», o sea Pedro, como el más grande cobarde; y a Jesús como un criminal y un taumaturgo de segunda. Pero lo devastador de sus críticas no está en los calificativos (éstos al fin de cuentas los pone cualquier Fidel Castro) sino en algo más ingenioso por lo simple del recurso: tomar lo que dicen los evangelios y demás sagradas escrituras tanto judías como cristianas al pie de la letra negándose a aceptar nada como alegoría ni las contradicciones como misterios o paradojas» (p. 147).

La identificación de Vallejo con Porfirio –y en parte con Celso– es de tal calibre que hay una confusión deliberada en el uso de las voces narrativas, al punto que da la impresión de que es Vallejo quien opina, suplantando a los pensadores helénicos, como ocurre en el siguiente fragmento a modo de resumen:

Queda poco de Porfirio, pero todo espléndido, fresco, lúcido: contra los evangelistas, contra Pedro, contra Pablo, contra el Reino de los Cielos, contra la resurrección de la carne, contra lo que dijo e hizo Cristo. «Los evangelistas eran inventores de leyendas y no historiadores de los hechos de Jesús. Cada uno de los cuatro contradice a los otros en su versión de sus sufrimientos y de la crucifixión (...) Si estos hombres no son capaces de ponerse de acuerdo con respecto a la forma en que murió y se basan en rumores, ¿qué esperanzas con el resto de la historia!» (...). Y pasando a la resurrección pregunta Porfirio: «¿Por qué Jesús no se le apareció a Pilatos, o a Herodes el rey de los judíos, o al Sumo Sacerdote, o a muchos a la vez y que fueran dignos de crédito y en especial a los romanos del Senado y del pueblo? ¿Pero qué! Se le apareció a María Magdalena, una mujer ordinaria que venía de una aldehuela miserable y que había sido poseída por siete demonios, y a otra María, igualmente desconocida, una campesina, y a unos cuantos desconocidos más. Y sin embargo él había dicho: 'Veréis entonces al Hijo del Hombre sentado a

la diestra del poder y viviendo entre las nubes'. Si se hubiera presentado a gente importante, nadie habría castigado a sus seguidores acusándolos de inventar historias monstruosas y no habrían tenido que sufrir por su culpa» (*Apocriticus*, II, 14, pp. 148-149).

El mimetismo entre el estilo desenfadado y burlón de Porfirio y el de Vallejo convierte al pensador helénico en un antecedente inmediato del antioqueño, como se ve en este texto sobre la transmutación de la carne, en el que habla el pensador griego:

Otro famoso dicho del maestro es éste: «A menos que comáis mi carne y bebáis mi sangre, no tendréis vida en vosotros». Este dicho es bestial y absurdo. ¡Que un hombre coma carne humana o beba la sangre de un miembro de su familia o de su pueblo, y que por eso obtenga la vida eterna! Si así se hiciera, ¡en qué salvajismo no se convertiría la vida! No sé de mayor chifladura en toda la historia de la impiedad. Ni siquiera las Furias les enseñaron esto a los bárbaros. Ni siquiera los potideanos habrían llegado a eso, salvo que se estuvieran muriendo de hambre. ¿Qué sentido tiene ese dicho contrario a toda vida civilizada? (pp. 152).

Más allá de los grandes referentes como Celso o Porfirio a los que desmenuza en su dimensión libertaria con verdadero mimo intelectual, Vallejo señala cada uno de los movimientos heréticos nacidos en la vieja Europa, estableciendo sus dogmas, características, pretensiones, protagonistas y detractores en lo que es una verdadera *summa* heresiarca. Además de los cátaros y albigenses, utilizados para titular el presente libro, Vallejo se detiene en los «fraticelli», una escisión de los seguidores de Francisco de Asís, que retomaron la expresión albigense de «la puta de Babilonia» y llamaron «Anticristo» al papa (p. 251). Fue, precisamente, el pontífice Juan XXII quien los persiguió hasta el exterminio en pleno siglo XIV, con el argumento de que Cristo nunca atacó las riquezas, debate medieval utilizado por Umberto Eco como uno de los ejes argumentales de *El nombre de la rosa*. También dedica su atención a los «apostólicos» de fray Dolcino, con sus prédicas incendiarias a favor de la pobreza y la incitación a la violencia contra la Iglesia y sus ministros (p. 254), sin olvidarse de las «beguines», secta de mujeres afín a los «fraticelli», cuya máxima representante e ideóloga, Margarite Porete, autora del *Espejo de las almas simples*, fue quemada en la plaza pública en 1310. O los «camisards» o «camisas blancas» como símbolo de la pureza que había perdido la Iglesia oficial. Le siguen reflexiones sobre Jan Hus y la secta de los «husitas» (pp. 257- 260), o sobre Lorenzo Valla, por el que Vallejo siente verdadera admiración, ya que fue el influyente humanista italiano el encargado de cuestionar la verdadera naturaleza de las *Sagradas Escrituras*, atribuidas, supuestamente, a la palabra de Dios por inspiración divina (p. 262). Vallejo considera a Valla más importante que Erasmo, al que llama «un solapador más de la Puta», y el verdadero antecedente del Siglo de las Luces, el gran movimiento libertario del XVIII y la Revolución Francesa. Tampoco olvida la excomunión de Spinoza y la quema y prohibición de su *Tratado teológico político* (p. 166), así como la importancia del barón de Holbach, autor de una obra fundamental, *El cristianismo al descubierto* (1761), verdadera apología del ateísmo y texto clave por sus irreverencias y burlas a la religión.

Un aspecto al que dedica amplia documentación es el de las teocracias constituidas en territorio europeo: los anabaptistas en Münster, los seguidores de Savonarola en Florencia y los calvinistas en Ginebra. A Calvino lo considera un asesino, responsable de la decapitación del científico español Miguel Servet, descubridor de la circulación sanguínea, que negaba la doctrina del pecado original y el misterio trinitario, y que había llegado a Ginebra huyendo de la Inquisición española, sin saber que allí se había de topar con otra forma de inquisición, tan cruel y violenta como la española, auspiciada por este predicador visionario que convirtió Ginebra en la Roma protestante (p. 277). Tampoco Lutero, como era de esperar, se libra de su verbo afilado, considerándolo un «bellaco», un «bibliólatra» que se burlaba de Copérnico, un antisemita que incitaba en sus sermones a la quema de brujas (pág. 271). Sin embargo, Vallejo felicita a Lutero por haber dividido a la Iglesia entre católicos y protestantes, sin olvidar la escisión de la Iglesia Anglicana, como una forma de debilitar a la institución bimilenaria.

Desde las primeras páginas de *La puta de Babilonia* hay un intento por rescatar del olvido las grandes matanzas y masacres de la Iglesia: las víctimas inocentes de las cruzadas, los herejes, brujas, enfermos o librepensadores quemados en auto de fe para escarmiento público, la destrucción de las culturas indígenas americanas, la matanza de los hugonotes (protestantes franceses) en la noche de San Bartolomé (1572), las guerras de religión o la persecución y ejecución de figuras cruciales de nuestra Historia, como Galileo, Giordano Bruno o Miguel Servet. Lo resume Vallejo con su desparpajo habitual:

Si me pongo a enumerar una por una a las víctimas de las Putas católicas y protestante no me caben en las páginas del directorio telefónico de la ciudad de México. Baste decir que la sola Guerra de los Treinta Años, que se inició con el enfrentamiento de la Unión Protestante a la Liga Católica a raíz de la llamada «segunda defenestración de Praga» y que duró de 1618 a 1648, le bajó la población a Alemania de dieciocho a cuatro millones. No hay como una guerra de éstas o una buena peste bubónica para contrarrestar a un Wojtyła (p. 285).

Es evidente que Vallejo trata de situarse en la misma tradición de pensadores heréticos que han espoleado a las iglesias católica, protestante y anglicana, creando sus propios predecesores y antecedentes, como se deriva de su admiración por John Wyclif (1330-1384), uno de los azotes de la Iglesia en la Inglaterra del siglo XIV y precursor del protestantismo, quien defendió la pobreza del clero, tradujo la *Vulgata* al inglés y negó la doctrina de la transubstanciación. Sus ideas fueron perseguidas no sólo en vida, sino más allá de su muerte, ya que fue exhumado y quemado en 1428 por mandato del Concilio de Constanza, celebrado trece años antes. Así resume el colombiano la autoridad y el pensamiento de Wyclif:

Para él el papa era un mamarracho pintarrajeado que albergaba en su interior la más abominable ruindad, un esbirro de Lucifer a quien había que arrebatarle todas sus posesiones y riquezas (...) la Puta no había recibido de Dios ningún derecho a mandar como pretendía y en consecuencia salía sobrando y junto con ella toda la

tradición eclesiástica: las Sagradas Escrituras eran la única fuente de la fe y los cristianos debían guiarse sólo por ellas. Mandó traducir la Biblia al inglés, le pidió al rey que confiscara las propiedades del clero, asoció la pobreza a la santidad, consideró las indulgencias un atraco a los ingenuos y negó la transubstanciación o conversión del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo mediante el sacramento de la eucaristía. ¿De dónde había sacado la Puta semejante cuento? El Nuevo Testamento no dice nada al respecto. Con todo lo cual se anticipaba en siglo y medio a la Reforma protestante. Y como si lo anterior fuera poco, Wyclif rechazó la confesión, la confirmación, la extremaunción, la ordenación sacerdotal y hasta la oración pues dado que según él Dios fuerza a cada una de sus criaturas a sus actos (la agustiniana teoría de la predestinación de los protestantes), unos nacían predestinados para el cielo y otros para el infierno. ¡Para qué perder entonces el tiempo rezando! Le quedó por negar a Dios y a Cristo, *con lo cual se habría convertido en precursor ya no digo de Lutero que bien muerto está, sino del que estas humildes líneas escribe* (pp. 255-256. La cursiva es mía).

Vallejo fija la altura doctrinal y moral de Wyclif en relación con la virulencia de los ataques perpetrados por la Iglesia: «Cinco bulas de Gregorio XI le valieron a Wyclif sus maravillosas tesis. ¡Qué envidia! A lo más que llegaré con esta *Putas de Babilonia* será a que cualquier obispo patirrajado del actual Benedicto me niegue el *Nibil obstat*» (p. 256). Para concluir con una de las ideas centrales de su libro:

Y sin embargo creo en Dios. ¡Claro que Dios existe! Es un viejo malo y feo, vengativo y rabioso, muy proclive a la maldad y con las tripas podridas de rencores (p. 248).

Tampoco el Islam sale bien parado de sus alfileretazos. A Mahoma lo llama «mercader lujurioso, polígamo, sanguinario, asesino y bellaco entre los bellacos» (p. 78), «una máquina de infamias», «mercader taimado que habría de fundar la religión mahometana (una plaga peor que el sida y la malaria)» (p. 171) y «máquina imparable de matar y fornicar» (p. 174). A sus fieles los considera como una «horda de excretores» (p. 224), por la posición que adoptan mientras rezan mirando hacia la Meca, y a su libro sagrado, el Corán, «un mamotreto tan feo como la Biblia» (p. 78), capaz de competir en atrocidades con el Libro cristiano: «En crueldad y maldad, en misoginia y esclavismo, el Corán compite con la Biblia» (p. 172). Para lamentar que por culpa de este «compendio de infamia» (p. 224) que es el Corán, el mundo islámico «no ha tenido Revolución Francesa, ni Siglo de las Luces, ni Declaración de los Derechos del Hombre» (p. 224) y cuya expansión y proselitismo está convirtiendo a medio mundo en teocracias medievales. Como sentencia el escritor: «Le hubiera tocado a Porfirio o a Apolo lidiar con mahometanos! Es más fácil subir a pie a la luna que convencer a uno solo de estos alucinados que Mahoma fue un bellaco asesino y un farsante» (p. 156).

Teniendo en cuenta las amenazas vertidas sobre voces críticas contra el Islam, y las órdenes de asesinato emitidas por los ayatolás, bajo la forma «legal» de la *fatwa*, desde Salman Rushdie a Kurt Westergaard, el dibujante danés que parodió a Mahoma en sus caricaturas, Fernando Vallejo es consciente de los peligros nada inventados que pueden acarrearle sus opiniones en un libro tan polémico y agresivo como *La puta de Babilonia*:

«No perdonan. Yo porque soy un irresponsable y estos libros míos circulan poco (...) Con la vagina atómica de esta horda alucinada no compite nadie» (p. 234).

3.- De «los mayordomos de la Puta» a los *domini canes* o «perros del Señor»

En sus ataques dialécticos contra la Iglesia Católica, los papas, a los que llama «los mayordomos de la Puta», tienen un lugar preferente y ocupan buena parte de *La puta de Babilonia*, aunque también deja espacio para algunos cardenales, obispos y arzobispos, vinculados con el nazismo, el fascismo y el franquismo europeo, amén de los implicados o conniventes con los regímenes militares de América Latina o los célebres por sus prácticas pederastas, como Marcial Maciel, el fundador de los Legionarios de Cristo. Sin embargo, no es la iglesia popular, la de los barrios obreros, la de las parroquias rurales, o los curas vinculados a los movimientos sociales o las órdenes religiosas que predicando dando ejemplo con enfermos, indigentes y desahuciados lo que más preocupa al novelista colombiano. Hasta cierto punto hay una invisibilidad deliberada para cierta parte (o concepción) de la Iglesia, posiblemente vinculada a la Teología de la Liberación, que escapa de su pluma lacerante y cáustica, para centrar todas sus energías en atacar a la Iglesia oficial, coqueta y complaciente siempre con el poder y ajena a las necesidades e inquietudes del hombre.

Analizada con la suficiente perspectiva histórica, es evidente que la historia de los papas puede resultar, en ciertos periodos, verdaderamente extravagante y disparatada. El carácter rocambolesco y estafalario de ciertos momentos de la Iglesia Católica se concreta en la existencia de un papado tricéfalo: ¿Cómo explicar que en un mismo periodo convivan tres papas enfrentados entre sí: Gregorio XII, Benedicto XIII y Alejandro V? (p. 259). Al referirse a la edad de los papables en el momento de ocupar el sillón de Pedro, la secuencia que plantea Vallejo deja los siguientes datos: «pocos comparados con los 78 a que se encaramó al trono de Pedro nuestro actual Benedicto XVI, pero muchos frente a los 20 a que fue elegido Juan XI, o los 16 a que fue elegido Juan XII, y ni se diga los 11 a que fue elegido Benedicto IX, el Mozart o Rimbaud de los papas» (p. 9). Y lo mismo hará con los papas cuyo pontificado ha durado menos: «De los doscientos sesenta y tres papas con que el Paráclito ha bendecido a la humanidad, la suertuda, diez duraron menos de treinta y tres días, que es lo que alcanzó a reinar nuestro reciente Albino Luciani, alias Juan Pablo I, y varios otros un par de meses. ¿No se les hace muy raro? ¿Serán los designios inescrutables de la traviesa paloma que a veces empantana un cónclave durante semanas, meses y aun años, para acabar llamando, celosa, a su elegido a los pocos días de coronado?» (p. 14).

Tampoco le es ajeno al novelista colombiano los casos seculares de «nepotismo papal», lo que convierte a ciertas familias en el epicentro de la vida religiosa:

Benedicto IX (nombre de pila de Teofilacto) era sobrino de Juan XIX (nombre de pila Romano), quien había sucedido a su hermano Benedicto VIII (otro Teofilacto), quien a su vez era sobrino de Juan XII (nombre de pila Octaviano), quien era hijo del príncipe romano Aberico II, quien era hijo de puta y nieto de puta: hijo de Marozia y nieto de Teodora, el par de putas, madre e hija, que fundaron la dinastía de los Teofilactos que le dio seis papas a la cristiandad, a saber los cuatro enumerados más Juan XI, hijo

ilegítimo de Marozia y del papa Sergio III y elevado al pontificado a los señalados 20 años por intrigas de su mamá, y Juan XIII, hijo de Teodora la joven (hermana de Marozia) y un obispo. ¡Seis papas que se dicen rápido, salidos en última instancia de una sola vagina papal múltipara, la de Teodora la vieja o Teodora la puta! (...) Juan XIX sucedió a su hermano, Benedicto VIII; pero ya antes Pablo I había sucedido a su hermano Esteban III. El papa Hormisdas engendró al papa Silverio; pero ya antes el papa Anastasio I había engendrado al papa Inocencio I (pp. 9-10 y 11).

En la Historia de la Iglesia no faltan los papas asesinos, que se han servido de la conspiración y el magnicidio para ocupar la vicaría de Cristo, a los que Vallejo llama «papas papicidas»:

Bonifacio VII estranguló a Benedicto VI y envenenó a Juan XIV; pero ya antes Sergio III había asesinado a su antecesor León V y al antipapa Cristóbal, y Pelagio I había matado al papa Virgilio por corrupto. Ahora bien, hablando con propiedad, un papa no puede matar a otro pues en el momento del crimen el homicida todavía no es papa (...) Así pues, por repugnancia teológica, es disparate hablar de papa papicida. Papa asesino y genocida ¡los que quieran! Pero papa papicida no (p. 11).

Sobre la premisa de que «No hay papas buenos. Ni malos. Hay papas peores» (p. 15) Vallejo despliega para el lector un catálogo formidable de pontificados marcados por la desmesura, la violencia, la represión atroz, la vida licenciosa o la pederastia. Papas obsesionados con el dinero, con el sexo, con las bulas –a las que llama «libelos de sangre»– con el poder, con las cruzadas, con las encíclicas («papas enciclípedos») o la reproducción. En ese listado interminable e inabarcable de doscientos sesenta y tres papas, a los que llama «energúmenos ensotánados», Vallejo muestra una especial inquina contra los Píos IX (Giovanni Maria Mastai Ferreti), XI (Achille Ratti) y XII (Eugenio Pacelli)

Pío IX, al que llama Impío Nono, es en los tiempos modernos, uno de los que más bilis le provoca al colombiano¹². Su currículum viene marcado por la promulgación de la Inmaculada Concepción y la declaración de infalibilidad del papa, además de ser el pontífice más longevo en la silla de San Pedro (31 años), pero sobre todo, porque «este Impío Nono fue también el que no permitió que se fundara en Roma una Sociedad para la Prevención de la Crueldad de los Animales (como si él no lo fuera) arguyendo que los seres humanos no tienen obligaciones para con ellos» (p. 187). Y a él recurrirá en muchas ocasiones a lo largo de su obra¹³.

¹² Alejo Carpentier lo recreó en su novela *El arpa y la sombra* (1979).

¹³ Valga este ejemplo: «Vuelvo a Impío Nono para hacerle cuentas y de paso a su sucesor, la alimaña León XIII, otro granuja de limitado horizonte mental y el tercer papa que más ha durado, habiéndole quitado su segundo puesto recientemente nuestro infame Wojtyła. Pío Nono, como dijimos, reinó treinta y un años, siete meses y tres semanas; León XIII, veinticinco años y cinco meses; y Wojtyła, veintiséis años, diez meses y diecisiete días. ¡Cómo ha podido la humanidad resistir tanto! (...) Y así hasta el Tratado de Letrán que firmaron en 1929 Mussolini por parte de Italia y el cardenal Gasparri por parte del trepador de montañas y de puestos eclesiásticos Pío XI, el mayordomo de turno de la Puta. La Puta constantiniana se encamó entonces con *il Duce*, el dictador fascista esclavo de su pequeño pene que lo impulsaba a delirios mayores como por ejemplo invadir a Etiopía, el país más pobre de la tierra» (pp. 188-189).

Sin embargo, es Eugenio Pacelli¹⁴, Pío XII, el papa más polémico y controvertido de buena parte de su libro, cuya influencia se hace sentir en el propio seno de su familia, a través del diploma gratulatorio enviado por el pontífice para felicitarlos por los 20 hijos nacidos para grandeza de la iglesia colombiana, al que dedica los párrafos más hirientes. Vallejo desgana los momentos más sorprendentes de la relación de Pío XII con Mussolini y Hitler, apoyada en todo momento en la complicidad de una jerarquía eclesiástica poco escrupulosa con el respeto a los derechos humanos, que abrazó en buena parte de Europa la causa de los fascismos, como una forma de frenar ese demonio moderno llamado «comunismo». Vallejo recuerda los casos del cardenal de Munich, Faulhaber, que consideraba a Pío XI el mejor de los amigos nazis en 1933 y llamaba a la oración por la victoria de Hitler, o los ejemplos abiertamente pronazis del eslovaco Jozef Tito o su paisano Jan Voitassak (p. 57), el veraniano Volosin, el irlandés Carl Maria Splett (p. 58) o el de los jerarcas austroalemanes –el obispo Werthmann, el arzobispo Jäger de Paderborn, el obispo Berning de Osnabruck o el obispo Buchberger de Regensburg–, cada uno de ellos con un currículum siniestro en sus altares, lo que explicaría la adhesión de muchos católicos centroeuropeos a las causas genocidas del *Führer*, y que éste fuera recibido con repique de campanas y cruces gamadas en todas las iglesias de Austria para celebrar su ocupación. Vallejo reconstruye la locura de una época en la que se pide desde los púlpitos el reconocimiento y la obediencia a Alemania, y no sólo en los países de su entorno más inmediato, sino también en Bélgica, Francia, Noruega, Dinamarca, Yugoslavia, Grecia (p. 58), obviando las atrocidades cometidas por el régimen filonazi en la Croacia de Ante Pavelic o el exterminio perpetrado contra los españoles republicanos y demócratas en la España franquista. Para concluir: «La Iglesia católica, la ortodoxa y la protestante son la maldición más grande de la humanidad, casi tanto como el Islam» (p. 62).

La puta de Babilonia es un libro atravesado por la actualidad política y religiosa, en donde resulta fácil localizar los acontecimientos que se producen en el mundo al tiempo que Vallejo redactaba su texto. Eso explicaría el desprecio que le produce la actitud de Benedicto XVI tratando de canonizar a Pío XII, a pesar de su complicidad con los regímenes genocidas del siglo xx y sus continuos silencios en materia de derechos humanos, lo que ha sido también contestado por las autoridades israelíes y un centenar de asociaciones de víctimas del Holocausto (p. 214), que no entienden esta necesidad de beatificar a un papa con tantas zonas oscuras en su biografía. Y cuando Ratzinger, en diferentes actos públicos, se lamenta por la suerte de los judíos y se pregunta por la maldad del hombre, Vallejo le responde haciendo un recorrido por las principales bulas y encíclicas antisemitas promulgadas a lo largo de los siglos, realizando las pertinentes calas interpretativas en la historia siniestra de la Inquisición y la persecución implacable de toda forma de pensamiento y religiosidad que no estuviera conforme con la ortodoxia católica.

¹⁴ Resulta muy interesante la recreación literaria que hace de este personaje el escritor mexicano Pedro Ángel Palou en su novela *El dinero del diablo*, Barcelona, Planeta, 2009.

¹⁵ De los 900 obispos del colegio cardenalicio –salvo 2 españoles– los demás apoyaron el golpe de estado de Franco contra la legitimidad democrática de la II República por lo que tenía de «cruzada por la religión cristiana y la civilización» (p. 65).

No sólo hay que frenar esta canonización de Pacelli, opina el colombiano, sino que además hay que «descanonizar» a setenta y tres de los setenta y cinco papas ascendidos a los altares: «En los infiernos han de estar ardiendo ahora todos estos ricachones asquerosos» (p. 253)¹⁶. Ahora bien, en este corolario papista no podían faltar ni Karol Wojtyła ni Joseph Ratzinger, herederos naturales de un pensamiento ultraconservador, a los que Vallejo atribuye buena parte de los males que azotan a la sociedad actual. Males que tienen que ver con la multiplicación de la humanidad y la escasez de recursos con que cuenta el planeta para tanta gente recién nacida, por eso llama a Juan Pablo II «el máximo azuzador de la paridera» (p. 20). Se lamenta de que los rusos fueran capaces de acabar con millones de personas y no acabaran con la Polonia católica que dio origen al futuro papa:

Tener de aliado a la Puta es como meter un áspid en la cama. De todos modos, por más que vaya y venga el péndulo al final se impone la justicia de Dios que lo sabe todo. Dios castigó a los polacos con los rusos y los nazis no por lo que hubieran hecho sino por lo que iban a hacer: parir al endriago Wojtyła que por veintiséis años, diez meses y diecisiete días cabalgó día y noche con deleite indecible a la Puta y le aumentó la humanidad dos mil millones. Eso no tiene perdón del cielo (p. 199).

A Juan Pablo II lo llama «truhán tonsurado» (p. 287), «travestida Wojtyła» (p. 128) y lo considera «el papa más dañino, pérfido y malo que haya parido en sus putos días la puta tierra. Mentía en once lenguas además del polaco en que lo amamantó la Mentira» (p. 287). Esta consideración tan crítica viene por el currículum un tanto hiperbólico del papa, con sus centenares de viajes y los miles de kilómetros recorridos, las entrevistas y audiencias concedidas, las beatificaciones realizadas, los documentos emitidos, las encíclicas publicadas, sin olvidar la inmensa maquinaria de hacer dinero en que se ha convertido el Vaticano y su banca en los últimos decenios a través de todo tipo de negocios –no siempre diáfanos–, que lo han situado muy arriba en el ranking de los paraísos fiscales, y la explotación intensiva de los santuarios marianos como los de Fátima, Guadalupe o Lourdes, en los que se puede comprar absolutamente de todo: «astillas de la cruz de Cristo, púas de la corona de espinas, plumas del arcángel San Gabriel, prepucios del niño Jesús, sangre menstrual de la Virgen» (p. 22). Tampoco olvida Vallejo la obsesión de Wojtyła con la castidad y el fin último de todo acto sexual, como es la reproducción, haciendo propaganda contra la utilización del preservativo en sus viajes por países africanos, obviando hasta la temeridad la pandemia que representa el sida en el continente negro. Su egocentrismo, sus vinculaciones con el poder, su insensibilidad con los animales o su falta de tacto con la iglesia de los pobres forman parte del particular ajuste de cuentas que le espeta el antioqueño:

Recibió en audiencia privada en el Vaticano al terrorista Yasser Arafat cuatro veces; una al criminal nazi Kurt Waldheim, presidente de Austria; y otra a Fidel Castro, a quien le retribuyó su visita viajando un año después a Cuba a legitimar con su pre-

¹⁶ Tampoco sale bien parado el papa Juan XXIII, uno de los iconos del pensamiento liberal y progresista, por ser en sus numerosos cargos dentro de la jerarquía eclesiástica, el hombre de confianza de Pío XI y Pío XII «los dos papas alcahuetas del nazismo», por lo que no lo considera «santo» sino «cómplice» (p. 47).

sencia allá la continuidad del tirano. ¿A dónde no fue, dónde no habló, con qué tirano o granuja con poder no se entrevistó? Un poco más y alcanza a abrazar al genocida de Sadam Hussein, al que ya le tenía puesto el ojo. A Angelo Sodano, amigo de Pinochet y alcahueta de sus crímenes durante los once años que fue Nuncio Apostólico en Chile, lo nombró Secretario de Estado, el más alto puesto de la burocracia vaticana después del suyo. Al tartufo cazador de herencias y estafador de viudas José María Escrivá de Balaguer, fundador de la secta franquista del Ópus Dei y más perverso y tenebroso él solo que toda la Compañía de Jesús junta, lo canonizó. A su nuncio en Argentina Pío Laghi, en pago por su apoyo a la guerra sucia en ese país donde solía jugar tenis con el dictador criminal Jorge Rafael Videla, lo nombró pronuncio en Estados Unidos, jefe de la Congregación para la Educación Católica, luego lo hizo cardenal y finalmente cardenal protodiácono. En Nicaragua satanizó lo que llamaba «la Iglesia popular» y en El Salvador condenó al cardenal Óscar Romero, cuyas denuncias de los escuadrones de la muerte de su país le habrían de costar la vida: un francotirador lo mató de un tiro en el corazón mientras celebraba una misa en el hospital de La Divina Providencia y en el preciso momento de la eucaristía. El rosario de las bellaquerías de Wojtyla no tiene cuento (p. 290).

Ni siquiera la agonía, la muerte y el entierro de Wojtyla queda libre de su pluma incisiva, ya que imagina al moribundo papa «en el acto final de su farsa protagonica aferrándose a la vida y al poder como una ladilla insaciable al negro pubis de la puta» (p. 20) y se burla de su entierro: «el más suntuoso de que haya disfrutado cadáver de *Homo sapiens* en proceso de putrefacción», al que asistió «la más alta granjería del planeta» (p. 292)¹⁷.

Las páginas finales de *La puta de Babilonia* coinciden con el pontificado de Benedicto XVI y algunos momentos señalados de su ejercicio, como su intervención desafortunada en Ratisbona (12/09/2006) o sus lamentos ante Dios, preguntando y preguntándose por los crímenes nazis en su visita al campo de concentración de Auschwitz («Por qué permitiste esto, Señor»), al que Vallejo responde: «Le hubiera preguntado más bien a la momia putrefacta de Pacelli o Pío Doce o Impío Doce por qué no levantó su voz cuando podía contra Hitler» (p. 39). Y remata: «Por lo que les han hecho tus correligionarios y predecesores a los judíos durante mil setecientos años, cabrón» (p. 42). Para Vallejo, Ratzinger es un «inquisidor desdentado» (p. 39), un «inquisidor nato» (p. 278), una «travestida Benedicta» (p. 278) y un «cabrón travestido» (p. 231), lanzando insinuaciones verdaderamente venenosas sobre las pulsiones sexuales del papa y burlándose de los supuestos bastiones culturales de su formación teológica y escolástica que representan lo más represivo y atrasado de la cultura occidental:

La teología es el estudio del que no existe: un Viejo rabioso y malo que brota del cerebro de degenerados como Ratzinger cual un hongo venenoso. Inmenso mal le han hecho los árabes a la humanidad al haber preservado a Aristóteles, el más grande payaso de la antigüedad, que de todo habló y nada supo. Como nuestro Ortega y Gasset (...) La escolástica adoptó a Aristóteles como el faro de sus desvelos,

¹⁷ Ni siquiera se libra la madre Teresa de Calcuta: «Su último viaje fue a Lourdes, unos meses antes de irse a juntar en los infiernos con su compinche la madre Teresa, la gran limosnera como él, y como él gran alcahueta de la paridera» (p. 210).

y junto con él a sus comentadores árabes Avicena y Averroes. Pero no, ahí no hay más que verborrea fangosa. Todo lo que huele a escolástica huele mal. Tomás de Aquino exhala vapores de alcantarilla mefítica, ponzoñosa (...) nacido de un huevo puesto por una mosca sobre carne putrefacta (pp. 229 y 242).

Vallejo no podía pasar por alto un tema tan espinoso como el de la Inquisición, sobre todo en una época marcada por la perversión del revisionismo histórico en el que se trata de olvidar o negar los crímenes de lesa humanidad cometidos por el nazismo, el franquismo o la Iglesia Católica, a través de su brazo armado, el tribunal del Santo Oficio, cuyo funcionamiento ha sido de una eficacia extraordinaria a lo largo de quinientos años¹⁸. En ese contexto hay que entender la rabia que le provoca actitudes y opiniones como las de Karol Wojtyła, cuestionando no sólo el número de víctimas de la Inquisición, sino también los métodos empleados por los inquisidores, a los que se les llamó *Domini canes* o «perros del Señor». Desde su creación por el dominico Domingo de Guzmán en 1232, bajo el auspicio del papa Gregorio IX, la Inquisición fue la institución más temida en la Europa católica y en la América española por su capacidad para influir en las sociedades de su tiempo a través del miedo como elemento organizador de la vida cotidiana. La Inquisición sirvió para frenar a los nobles y poderosos en su pretensión de cuestionar la autoridad soberana y fue en todo momento una institución represora y temible que reemplazó el precepto romano-germano de la presunción de inocencia por el de presunción de culpabilidad. La gigantesca maquinaria informativa de la Iglesia, sumada a las delaciones anónimas que se prodigaron durante siglos, convirtió a cualquier hombre en sospechoso y culpable de los cargos sostenidos por su tribunal. Vallejo dedica muchas páginas a los «perros del Señor» –Robert de Bourge, Bernard Gui, Conrado de Marburgo (p. 28)– lo que parece representar un verdadero catálogo de psicópatas legitimados en su barbarie por la curia eclesiástica. De todos estos verdugos ninguno como Torquemada, el Inquisidor General y confesor de la Reina Católica, que procesó a más de 114.000 personas sospechosas de herejía, de brujería, de apostasía, de bigamia, sospechosos de ser moros, judíos o gitanos, la mayoría de ellas ejecutadas en la pira de la plaza pública, en un antecedente macabro de lo que serían las purgas genocidas del siglo xx. Vallejo analiza los métodos empleados por la Inquisición –los instrumentos de tortura utilizados, la apropiación de las riquezas de los reos condenados, la purificación de los lugares de tortura con agua bendita, la pantomima de los juicios, etc– para denunciar el silencio cómplice de una Iglesia que no ha condenado hasta la fecha su existencia y cuyos métodos fueron, en algunos casos, tan devastadores como las hambrunas, las guerras, las catástrofes naturales o las pandemias de siglos pasados.

4.- A modo de coda: Vituperio de la religión, alabanza de la Naturaleza

Detrás de sus dentelladas contra toda forma de pensamiento o creencia religiosa hay un hombre con una extraordinaria sensibilidad hacia los animales y hacia todo lo que tenga que ver con el mundo natural, como ya se encargó de demostrar con el Premio

¹⁸ La bibliografía sobre los estragos cometidos por la Santa Inquisición es muy amplia, pero valga como ejemplo, el libro clásico de Henry Kamen, *La Inquisición Española*, Barcelona, Crítica, 1985.

Rómulo Gallegos¹⁹, cuyo montante fue entregado por Vallejo a una protectora de animales. El gesto, calificado de insólito y extravagante por muchos, fue interpretado como una medida «epatante» para provocar y hurgar en las miserias de una sociedad colombiana –y por extensión, latinoamericana– cuyos niveles de pobreza y de necesidades básicas harían pensar en otras prioridades, como la de los niños de la calle, los desplazados, las víctimas de la violencia o del narcotráfico, las víctimas del maltrato familiar o los discapacitados, por poner sólo unos cuantos ejemplos. Sin embargo, en *La puta de Babilonia* Vallejo se ha encargado de demostrar la pasión, la sensibilidad y la solidaridad que le provoca cualquier forma de vida animal, víctima secular de la barbarie humana y de la crueldad religiosa:

Autorizados por la Biblia, los evangelios y el Corán, hoy dos mil millones de cristianos, mil cuatrocientos millones de musulmanes y diez millones de judíos se sienten con el derecho divino consagrado en el Génesis de disponer como a bien les plazca de los animales: de enjaularlos, de rajarlos, de cazarlos, de befarlos, de torturarlos, de acuchillarlos, en las granjas-fábricas, en los cotos de caza, en las plazas de toros, en los circos, en las galleras, en los mataderos, en los laboratorios y en las escuelas que practican la vivisección. «Dios es amor» dicen los protestantes. No. Dios es odio. Odio contra el hombre, odio contra los animales. E infames las tres religiones semíticas que invocan su nombre (p. 175).

Como ha hecho con otros temas, Vallejo recorre la *Biblia* página a página para certificar el lenguaje violento e implacable con que el libro sagrado se refiere a los animales, o cómo ha utilizado sus nombres y sus características para insultar, maltratar o denigrar a los hombres, poniendo en evidencia el trato cruel y sacrificial que se le da a los corderos, a los cerdos, a las vacas, a los gallos, sin importarle lo más mínimo su sufrimiento o su dignidad, a veces como sacrificio para contentar a un dios implacable que necesita de la sangre animal como sustituto de la sangre humana²⁰. El libro que más repugnancia le provoca es, sin duda alguna, el *Levítico*, al que llama «manual de los carniceros»²¹ y al que considera la obra más abyecta que se haya escrito nunca. Por el contrario, su admiración por las figuras históricas del pensamiento libre y contestatario se multiplica hasta lo indecible cuando estos han llevado a cabo una defensa apasionada del mundo animal, como ocurre con Porfirio y su obra *Sobre la abstinencia de la carne*, o el caso de Mamavira (VI. a. C.) quien fundó en la India el primer asilo para animales enfermos y viejos, proclamó el vegetarianismo y el rechazo absoluto a toda forma de violencia. Su admiración se hace extensible a «Pitágoras, Platón, Epicuro, Apolonio de Tiana, Plutarco, Porfirio... y en los tiempos modernos Shelley, Thoreau, Tolstoi, George Bernard Shaw, Gandhi...» (p. 305), convirtiendo el final de *La puta de Babilonia* en un alegato a favor de los animales y el respeto a toda forma de vida, ultrajada con el aval de las religiones:

¹⁹ Su discurso de aceptación se puede leer completo en la dirección: www.analitica.com/bitblbio/fernando_vallejo/discurso_romulo_gallegos.asp. Fecha de consulta: 20/07/2010.

²⁰ Véase la obra de René Girard, *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama, 2005.

²¹ «Y la orgía de sangre e infamias contra los animales del *Levítico*, el manual de los carniceros, el libro más vil que se haya escrito, tampoco esas las condenó» (p. 134).

Gústenos o no habremos de terminar aceptando que los animales no son cosas, ni máquinas, ni un manojito de instintos y reflejos; que cada uno es un individuo irrepetible y distinto de los demás de su especie tal y como somos irrepetibles y distintos unos de otros los seres humanos; que no se pueden vender ni comprar; que no se pueden matar por deporte ni con pretextos científicos ni como comida y que matarlos es un acto cruel que conduce a desvalorizar la vida humana; que no son instrumentos de nuestros deseos ni de nuestra voluntad; que pueden sentir el placer, el dolor, la felicidad y la infelicidad como cualquier ser humano y que tienen alma o conciencia o como la quieran llamar: alma percedera como la nuestra (¡el gordo Aquino creía que teníamos alma eterna!); que no están por fuera de nuestra moral sino que ésta debe incluirlos; que deben tener derechos legales; que el especismo o discriminación con base en la especie es tan inaceptable como el racismo; que existen límites morales en el trato que les demos así como existen en nuestro trato a los demás seres humanos; y que hay que actuar en consecuencia respetándolos. Los derechos del hombre son inseparables de los derechos de los animales. Con un esfuerzito de redacción podríamos juntar la declaración de la ONU y la de la UNESCO en una sola (p. 307).

Analizadas en su conjunto las reflexiones del escritor colombiano sobre los animales y su entorno medioambiental, da la impresión de que Vallejo cree en una religión natural, en alguna forma de deidad que hermana a los hombres con el resto de los seres vivos y a todos con el mundo vegetal, planteando una especie de contradicción por la que sus declaraciones, marcadas siempre por un ateísmo beligerante, quedan diluidas en una suerte de panteísmo en el que el hombre necesita reconciliarse definitivamente con el mundo que le rodea.

JOSÉ MANUEL CAMACHO DELGADO
UNIVERSIDAD DE SEVILLA